

RAFAEL MIR JORDANO: EL NARRADOR COMPROMETIDO

Manuel Gahete Jurado

Académico Numerario

El ilustrísimo señor don Rafael Mir Jordano leía su discurso de ingreso como académico numerario el 17 de enero de 2002. Lo escoltaban en aquella ocasión los ilustrísimos señores don José Manuel Escobar Camacho y don Rafael Vázquez Lesmes. Cinco meses después, el 13 de junio de 2002, por estricto orden protocolario, tuve el honor de ser conducido por Mir Jordano en el trayecto que anticipaba la lectura de mi discurso como numerario, junto al catedrático de Geografía Humana de la Universidad de Córdoba, también fallecido, ilustrísimo señor don Antonio López Ontiveros que, pocos días antes, acababa de pronunciar su homólogo discurso.

Don Rafael Mir Jordano fue siempre un severo y a la vez poderoso relator del tiempo en que vivimos, un entusiasta ser humano que identificaba escritura con pasión por la vida, pasión que excedía incluso lo dogmático, lo ortodoxo y lo clásico, identidad que queda reflejada en el conjunto de su nutrida y portentosa obra narrativa. Su carácter indómito lo llevó a velejar por el piélago adusto de la narración como subliminal contradecación al dislate de la fatuidad y la hipocresía, al modo de lo que proclamaba Georges Steiner para todo creador que se supiera constructor de un mundo más justo y más humano. Vida y obra se asociaron para erigirse en armónico compromiso mostrando todo su caudal reivindicativo y proteico. La aguerrida provocación y la inteligente ironía marcaron un modo de escritura definitoria de un estilo propio que lo caracterizaba, porque «*le style c'est l'homme*» como declaraba sin ambages el naturalista, matemático, literato y cosmólogo Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon, en la disertación inaugural tras su elección como uno de los «cuarenta inmortales» de la Academie Française.

Este libre albedrío en la acción y la palabra, si bien aclamado por muchos, lo mantuvo alejado del sentir de algunos biempensantes, recelosos siempre de su pródiga lucidez. Aunque hasta el año 2002 no fue nombra-

do académico numerario en la sección de Ciencias Morales y Políticas, don Rafael Mir recibía, en la apertura del curso académico 2021-2022, la placa conmemorativa por el cincuentenario de su compromiso con la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, junto a sus compañeros, los ilustrísimos señores don Manuel Nieto Cumplido y don Rafael Hernando Luna. Durante todo este tiempo veló escrupulosamente por salvaguardar los aspectos legales de la institución ya más que bicentenario, siendo principal artífice del proceso de legación patrimonial de unas fincas en Baza donadas a la Real Academia por el académico numerario don José Manuel Camacho Padilla.

En esta vida, casi nunca el deseo se antepone a la realidad; y así, a la necesidad de contar, se impuso la obligación de vivir; inexcusable tarea en que Mir Jordano invertirá todo su esfuerzo, obligado a relegar la literatura, donde empezaba a brillar con luz propia, a un indefectible segundo plano. Aunque nunca dejará de escribir, romperá prácticamente todas las conexiones con el mundo literario, habiendo obtenido el beneplácito de la crítica ya con su primer libro y cuando su nombre comenzaba a sonar en el ámbito cerrado de la creación. De ser conocido y reconocido, su obra literaria quedará sumida en un latente y palpitante silencio que retomará de manera intermitente, prestando un especial interés a partir de su jubilación, evento que acaece a una edad bien madura, por lo que tarde pudo acceder a la sentencia horaciana *Beatus ille qui procul negotiis* («dichoso aquel alejado de los negocios»), donde se profetiza que solo el alejamiento de los negocios puede asegurar una vida dichosa.

A la provocación no beligerante y la ironía permanente, se unían imaginación y concisión, características esenciales de su peculiar estilo. Lo que aparentemente puede resultar antagónico se alía y se perfecciona. La imaginación incontenida lleva a la desmesura pero la concisión refrena y obliga a manejar con agudeza la economía de medios. La admiración de Mir Jordano por Azorín, maestro en la precisión del lenguaje, configuraba el modo de escribir del cuentista que se impuso brevedad incluso cuando escribía novelas. La idea siempre era el centro de la acción. El lenguaje se muestra como un elemento identificador en la construcción del relato y, en este sentido, escoge aquello más acorde a su sensibilidad o que mejor responde a lo que pretende transmitir.

Pero no podemos olvidar que toda escritura, que de alguna manera será reescritura porque nada puede construirse sobre la nada, plantea una reflexión ambivalente acerca de las interpretaciones anquilosadas del conjunto

de imágenes culturales que nos acercan inexcusablemente a los supuestos de la posmodernidad, prestos a soslayar el peso de la tradición afirmando en este intento la imposibilidad de trascenderla. En esta sinergia de tradición y vanguardia se movía Rafael Mir Jordano sin disrupción alguna, hijo del convulsivo tiempo que nos ha tocado vivir y aceptando con pasmosa naturalidad su calidoscópica mirada. El ritmo narrativo vendrá marcado por la sicología de los personajes y la situación socioambiental en que estos se desenvuelven, desde el lenguaje más cuidado al de la jerga más ramplo-na. Mir Jordano construirá en sus relatos una mitología contemporánea donde los dioses y los héroes han perdido la capacidad de transformar el cerrado universo de sus vidas para convertirse en meros espectadores, pasajeros del tiempo que caminan, sin sorpresa ni magia, hacia un desenlace adivinado. Nada ajeno a lo que somos y en lo que nos convertiremos algún día cada vez menos distante.

En la sesión necrológica que la Real Academia le dedica a su tío, el ilustrísimo académico numerario don Diego Jordano Barea, Mir Jordano escribe esta sentencia: «Eso se llama tener las botas puestas hasta el final; eso es ejemplo para los muchos que no dejan de andar en babuchas toda la vida». Seguro que él no pensó en sí mismo al pronunciarlas pero ciertamente reflectaba su vocación de vida. La palabra no tiene fortaleza si no se asienta en el firme cimiento de las obras; y las obras han construido al poliédrico escritor don Rafael Mir Jordano, licenciado en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid en 1953; profesor universitario en la Facultad de Derecho de la Universidad de Córdoba; gestor cultural, fundador y director de memorables revistas literarias (entre las que destacan *Arquero*, en Madrid, difundiendo la obra de numerosos poetas cordobeses de la época, como Antonio Gala o los miembros del grupo Cántico, y la *Revista del Mediodía*, en Córdoba); impulsor (junto a José Jiménez Poyato y Joaquín Martínez Bjorkman) del cineclub del Real Círculo de la Amistad y creador del premio de pintura *Fa presto* de esta sociedad que este año cumple 170 años de existencia; colaborador habitual de las páginas de opinión de diario *Córdoba*, contando entre 1999 y 2005 con una sección propia, *Miradas*; fundador, en 1988, de la Asociación de Amigos de los Museos de Córdoba, que presidió durante ocho años; cofundador del Ateneo de Córdoba, que le concedió la Fiambrera de Plata en 1987 y lo nombró socio de honor en 1989, asumiendo el compromiso de convocar anualmente un concurso de relatos con su nombre; miembro del consejo de dirección de la obra *Los andaluces del siglo XX* de esta decana institución cordobesa que hoy preside nuestro académico correspondiente don Fede-

rico Roca de Torres, así como responsable y redactor de su sección de Ciencias Jurídicas durante la presidencia de don Antonio Torres Perea; y primer delegado de Cultura de la Junta de Andalucía en Córdoba, impulsando entre otras acciones la revitalización de Medina Azahara y el archivo provincial.

Existirás mientras te recordemos y tu recuerdo perdurará siempre porque es imposible olvidar toda una fecunda existencia dedicada a la abogacía, la educación, la cultura y el vínculo inalienable con la palabra siempre fructífera, abierta a las innovaciones, marcada por la tradición y la vanguardia, la distinción y la insurgencia, la realidad y los sueños; realidades y sueños que se entremezclan en los relatos de Rafael Mir, marcados por un acento surrealista, rozando a veces la impenetrabilidad de lo abstruso, que responde a la idiosincrasia del creador y conforman su polifacética personalidad, a través de los que conocemos el statu quo de una época convulsionada por el devenir escurridizo que enfrenta a los sufrientes agonistas entre lo que acaece sin poder aprehenderlo y lo que aprehendemos sin poder conservarlo, la lucha interminable del ser humano buscando la luz frente a las sombras de la adversidad. *Sit tibi terra levis*, querido compañero, entrañable amigo, porque para los que te queremos y admiramos, el dolor nunca podrá serlo.